

Fray Vicente Rubio Sánchez, O.P., historiador y maestro

Raymundo Manuel González de Peña *

Hace algunos meses que el director de *Clio*, el académico Emilio Cordero Michel, me hizo la distinción de encargarme un breve escrito sobre fray Vicente Rubio, O.P. Me pidió entonces una contribución para el homenaje que prepara en su honor la Academia Dominicana de la Historia, con motivo de cumplirse este año medio siglo de residir y trabajar en nuestro país, fecha que coincide además con la efeméride del 50 aniversario del retorno de los padres dominicos a la República Dominicana.

Acepté el encargo gustoso sabiendo que no sería tarea fácil, incluso para mí, que ya llevo varios años al lado de fray Vicente Rubio, siendo alumno y asistente suyo a la vez, en los trabajos de investigación histórica que ha emprendido desde 1988. Efectivamente, me vinculé a él a raíz de su proyectado plan de formar una colección documental de la historia colonial de la República Dominicana, en el cual todavía estamos trabajando juntos. Por eso me decidí por trazar una breve semblanza del historiador que conozco y a quien veo trabajar, y a hablar de él como el maestro que ha sido para conmigo.

En más de una ocasión ya estando en Sevilla nos dijo a Genaro Rodríguez y a mí que nos había escogido para realizar

* Miembro de número (electo) de la Academia Dominicana de la Historia e historiador asistente de fray Vicente Rubio Sánchez, O.P.



dicho proyecto porque éramos jóvenes con interés por la investigación. Con ello nos daba a entender que creía en nosotros, que podríamos comprender la importancia de la tarea y continuarla. Le agradezco que haya confiado de esa manera en los dos jóvenes que éramos ambos, confianza que nos falta muchas veces a los adultos de hoy.

Desde antes de aquel año Genaro venía colaborando con fray Vicente Rubio en la transcripción de *Libro Becerro del Ayuntamiento de Santo Domingo*. A mí en particular me conoció a través del entonces fraile dominico Fernandito Belliard, amigo mío desde muy joven y excelente jugador de ajedrez. Fray Vicente posteriormente me refirió que apuntó mi nombre en la solapa de una Biblia que llevaba consigo. Casualmente Genaro y yo también nos conocíamos previamente, pues ambos colaborábamos en las investigaciones dirigidas por Roberto Cassá, nuestro profesor y amigo, en el Archivo General de la Nación.

Por mi parte yo sabía de fray Vicente Rubio como sacerdote y orador sagrado. Sobre todo por sus valientes sermones de las Siete Palabras en Viernes Santo, que todo el mundo escuchaba y comentaba. No olvidaré la frase que pronunció en un célebre sermón durante *Los Doce años de Balaguer (1966–1978)* cuando señaló que en nuestro país la vida de una persona valía menos que un cigarrillo. Yo apenas despertaba a la realidad, aunque yendo y viniendo del colegio en más de una ocasión fui sorprendido por los famosos “micromítines” que se hacían en la calle de El Conde por el “medio millón para la UASD” en los años 1968–1969 y otras protestas, y podía captar que había algo que no marchaba bien en mi país.

Pero fue años después en la Universidad Autónoma de Santo Domingo, en el año 1978 ó 1979, cuando le vi por primera vez en función de historiador, con su maquinilla



portátil frente a un lector de microfilmes que él solía usar en la sala dominicana de la Biblioteca Central de dicha institución de educación superior. Yo acudía allí con frecuencia para estudiar y leer libros de historia dominicana en mis horas libres. Desde luego yo sólo le observaba de lejos. Hoy los facultativos de aquella Sala siguen gozando de la amistad de fray Vicente: Melania Guerrero, profesional de la bibliotecología que ahora tiene a su cargo los procesos técnicos de dicha Biblioteca Central, y quien, además, ha sido de continua ayuda en materia bibliográfica; y Alejandro Paulino, hoy profesor de historia y miembro de la Academia Dominicana de la Historia. Y, desde luego, la entonces directora, la Dra. doña Martha de Castro.

Ya trabajando junto a fray Vicente Rubio fui poco a poco conociendo por referencias suyas muchos detalles de su vida que de alguna manera están relacionados con su formación de historiador y sus proyectos de investigación histórica. Quisiera mencionar aquí algunos de ellos aunque puedan parecer algo anecdóticas y deshilvanadas las ideas que presento.

De su tiempo de estudiante de instituto, fray Vicente Rubio hace referencia a las dos ocasiones en las que le tocó estar de cerca con don Miguel de Unamuno: una vez cuando lo tuvo de jurado en sus exámenes finales de bachillerato; la otra, cuando vio a don Miguel conversar animadamente con su padre. Luego le preguntó a su padre qué hablaban él y don Miguel, su padre le contestó que éste le hacía muchas preguntas sobre las pieles y acerca de su oficio de curtidor, que aquella materia parecía interesarle mucho. Creo que de esas experiencias aprendió y supo transmitir lecciones de sencillez y humildad que han servido de guías en múltiples aspectos, incluso en el ámbito histórico.



Tuvo también fray Vicente Rubio grandes maestros y maestras en su carrera, algunos de los cuales recuerda con gratitud. El maestro Ramírez, teólogo extraordinario, después profesor en Friburgo (Suiza); Vicente Beltrán de Heredia, historiador eminentísimo de la Universidad de Salamanca, quien luego le acompañó en su primer viaje a Santo Domingo en 1954. Nunca ha olvidado los nombres de don Juan Muñoz, su maestro y mentor en Béjar, ni de doña Paulina Junquera, magnífica profesora de Historia del Arte, quien fuera después, durante el régimen franquista, directora del Museo del Prado de Madrid y, más tarde, directora de los museos españoles.

Sus estudios de Teología, Filosofía e Historia le llevaron a aprender francés, italiano, latín, griego y hebreo, idiomas que domina a perfección; además, un amigo le enseñó un poco del euskera cuando fray Vicente Rubio predicaba por el país vasco. Pero sobre todo su conocimiento del castellano, cimentado sobre su vasto conocimiento del latín y de la evolución de la lengua romance que le dio origen. Lleno de gozo, aprovechaba cualquier momento para leer y recitar a Gonzalo de Berceo y así descansar del trabajo.

La calidad de este predicador antes de llegar a nuestro país puede verse en un pequeño detalle: fue seleccionado para auxiliar al padre Colunga en la tarea de traducir al castellano desde los textos originales de algunos libros del Antiguo Testamento para la Biblia que entonces preparaba. Esto significó mucho para el joven investigador fray Vicente Rubio en quien el sabio que fue el padre Colunga despertó una gran admiración por el conocimiento de la historia bíblica, de la lengua aramea y hebrea, por la rigurosidad y meticulosidad en la traducción de cada versículo, la comparación y la revisión cuidadosa de todo el texto.

El padre Rubio cuenta una anécdota en la que además resaltan las cualidades humanas de Colunga. Una vez

terminada la traducción y anotación del libro del profeta Jeremías, Colunga le encargó a fray Vicente que lo enviara por correo a los editores en Madrid. Pasó el tiempo y los editores llamaron al padre Colunga diciéndole que no habían recibido el paquete. Éste le comunicó a fray Vicente las nuevas y le preguntó que si había puesto el paquete en el correo; a lo que éste le contestó que desde luego.

Resignado ante la pérdida del manuscrito el padre Colunga se dispuso de nuevo a volver a hacer el trabajo. Algunos días después fray Vicente buscando o limpiando en su celda encontró el paquete postal amarrado y todo: ¡Había olvidado ponerlo en el correo! Lo que sintió entonces fray Vicente creo que no se puede describir, pero fue de inmediato ante el padre Colunga y se preparó para una fuerte reprimenda. Sin embargo, no hubo regaño, al contrario Colunga se alegró y se sintió aliviado, mandándolo de inmediato a poner aquel paquete en el correo.

Desde temprano se adentró en el estudio y la reflexión de problemas de gran envergadura que él mismo perfiló, los cuales no pocas veces le plantearon retos que todavía no ha abandonado.

Uno de ellos, para poner un ejemplo, fue la indagación sobre la genealogía de Santo Domingo de Caleruega, fundador de la Orden de Predicadores, para despejar los orígenes de la familia de este santo, fundador de una orden de vocación universitaria, algunos de cuyos aspectos permanecen todavía hoy en la oscuridad. Fray Vicente Rubio avanzó mucho en ese estudio, llegando a obtener da que luego— al prepararse para venir nuestro país— dejó en manos de su compañero de Orden, el también investigador Venancio Carro, O.P. y que éste último utilizó más tarde en su monumental biografía de Santo Domingo.



En la República Dominicana, fray Vicente Rubio se inscribió en la Universidad de Santo Domingo para continuar estudios de doctorado en Filosofía, graduándose con honores en el año 1956.

Fue en ese año 1956 cuando escribió por primera vez en *El Caribe* dos artículos —de los que tuve noticia gracias a Arístides Incháustegui, quien me animó a buscarlos—; artículos que fray Vicente incluirá en las memorias sobre su llegada a esta ciudad junto a sus dos compañeros hace cincuenta años. Se trata de un elogioso comentario a la presentación en la catedral del Réquiem de Gabriel Fauré que realizó el coro del Convento de Santo Domingo.

Además descubrió, para su sorpresa, que la biblioteca de la Universidad de Santo Domingo tenía una amplísima bibliografía española y se mantenía al día con las más importantes publicaciones periódicas especializadas en temas de historia de España. Cuando recuerda aquella biblioteca se deshace en elogios por su excelente organización, pero sobre todo por su amplia y actualizada bibliografía. En particular recibía los boletines de la fundación burgalesa en que aparecían transcritos los documentos del archivo de la Casa de los Guzmanes, con los cuales pudo desde aquí plantearse la continuación de sus estudios genealógicos sobre la casa de Santo Domingo de Guzmán. Más tarde los discontinuó porque el clima político se descomponía en el país y finalmente debió salir a fines de 1960 sorprendiéndole la caída de Trujillo en España. Estando allá aprovechó para acercarse algo más a la historia americana y en particular de Santo Domingo. Si no me equivoco son de esta época sus primeras libretas de apuntes a partir de documentos escrutados en el Archivo General de Indias de Sevilla. Y desde entonces ha continuado ampliándolas hasta el día de hoy.



A su regreso de España formó parte del primer grupo profesoral de la recién creada Universidad Católica Madre y Maestra en la ciudad de Santiago de los Caballeros. Allí estuvo por un par de años impartiendo docencia en la cátedra de Historia de la Iglesia.

Las personas cercanas a fray Vicente Rubio con frecuencia le hemos escuchado decir que no sabe escribir, que le cuesta mucho poner las ideas sobre el papel, que todo lo que escribe le parece muy pesado y oscuro. Conociéndole bien uno sabe que la verdad reside en lo denso de sus investigaciones y lo exigente que es consigo mismo. De esto último es testigo doña María Ugarte, quien ha tenido la más larga experiencia de trabajar con los escritos de fray Vicente Rubio. A él le gusta la claridad y la rigurosidad, lo que muchas veces no resulta fácil de conseguir en un escrito que, además de breve, debe ser ameno. Con todo, su prosa es tersa y siempre enriquecedora como su palabra hablada.

Agudo y detenido observador, fray Vicente Rubio es característicamente profundo en sus conceptos. Procura alcanzar una comprensión cabal de lo estudiado. No descuida ningún detalle ni abandona un cabo hasta llegar a su culminación. Examina cada argumento y lo descompone por completo. Este esfuerzo analítico le conduce con frecuencia a un trabajo minucioso y prolongado, que resulta por lo general incontrastable.

En la argumentación histórica fray Vicente Rubio le concede una importancia crucial al conocimiento directo de los documentos antiguos. Cuando alguno remite a otro, trata de localizarlo, aunque para ello tuviese que trasladarse a un archivo de provincia o privado, grande o pequeño, en España o fuera de ella, a la Biblioteca Nacional de París o ir hasta el Archivo Secreto del Vaticano. En lo que respecta a la historia americana, sus amplios conocimientos de historia medieval y



moderna de España dieron una profundidad singular a sus estudios. Creo poder resumir lo principal de su método en tres coordenadas que nunca faltan en sus estudios históricos: una es la fiabilidad de la documentación de donde extrae la evidencia histórica; otra está dada por el rigor cronológico y geográfico; y el armazón lógico de su argumentación histórica.

Tampoco para él la paleografía tiene secretos. No dejaba de sorprenderme cómo podía leer aquella letra latina extremadamente difícil de las bulas con el auxilio de una lupa. Convencido de que *"la historia se hace con documentos"*, sabía muy bien que los documentos que llegan hasta nosotros y se conservan en los archivos son una mínima parte de los que se produjeron, y aun todos no podrían reconstruir la realidad pasada en su totalidad. Pero cuenta con ellos para penetrar por todos sus poros en el pasado mundo que representan. Así cualquier mención ya sea de un nombre de persona y lugar, noticia o circunstancia, abre de inmediato un abanico de indagaciones, para luego volver a la relectura del documento enriquecido con todo el conocimiento que ha conseguido de esa manera. Con relación al texto mismo, las palabras claves, raras, antiguas o poco conocidas son examinadas, así vamos continuamente a: la Enciclopedia Espasa-Calpe; a los diccionarios de Autoridades; de la Real Academia Española, Corominas, Cuervo y Casares por sólo citar los más frecuentes. Lo mismo con los lugares, por lo que siempre tenemos a mano varios atlas geográficos e históricos.

Junto con la preocupación por la fijación de un texto fiel al original, siguiendo las normas internacionales de transcripción paleográfica que conoce muy bien, le preocupa sobremanera la fijación de la fecha tópica y crónica de los documentos. Con frecuencia recuerda la expresión de Bacon: *"la cronología y la geografía son los dos ojos de la historia"*.



Esta precisión de la cronología es también sumamente importante en sus estudios. Más de una vez le ha dedicado estudios enteros a precisar un dato cronológico. Tal es el caso de su trabajo sobre *Fecha de llegada de los primeros padres de la Orden de Predicadores al Nuevo Mundo*, estudio contundente que despejó en forma definitiva las dudas sobre el año en que llegaron los dominicos a América. Igualmente su estudio sobre la fecha de la muerte de Fray Pedro de Córdoba, así como la fecha de fundación de la ciudad de Santo Domingo, todavía inédito.

Esta rigurosidad en establecer el texto y la cronología se hace acompañar de una comprensión lógica que dirige toda la búsqueda, pero que no la limita ni reduce. En fray Vicente Rubio la lógica que rige el examen de la argumentación o de los documentos está siempre abierta a la confrontación con la realidad y sus múltiples determinaciones. De ahí que la lógica vaya siempre en apoyo de la historia, pero sin reducir la segunda a la primera ni mucho menos sustituir la investigación razonada por un argumento lógico por más convincente que pueda parecer. Aunque el procedimiento inverso sí es recurrente en él: una vez comprendido en detalle el hecho histórico procede a presentar lógicamente su argumento.

Por medio de estos procedimientos fray Vicente Rubio consigue una asombrosa familiaridad con los personajes estudiados, con su atmósfera histórica y su época. Conoce los hechos, su ambiente, pero busca siempre formarse un retrato psicológico de cada uno y una. Habla de ellos como si estuvieran aquí y pudiéramos conversar cara a cara en cualquier esquina de la vieja ciudad del Ozama.

Fray Vicente se acercó a la historia dominicana y americana a través de la historia de su Orden. Pero fue aquí, en esta ciudad de Santo Domingo, donde descubrió las



dimensiones de esa historia. Una historia que no sólo es pasado sino de una actualidad imperiosa, como puede verse en un libro suyo que pronto verá la luz, bajo el título: *Indigenismo de ayer y de hoy*, que publicará la Fundación García Arévalo. La vida de fray Pedro de Córdoba y sus compañeros, la campaña a favor de los derechos de los indígenas y su eco en la llamada Escuela de Salamanca, con Francisco de Vitoria, Domingo de Soto, Melchor Cano y otros. Pero sobre todo, fray Bartolomé de las Casas que entró a fraile en el mismo convento donde fray Vicente reside. Fue profundizando en la vida de aquella primera comunidad como quedó atrapado por la historia de este continente y fue también apropiándose de esta ciudad y de su gente como se metió de lleno a la labor de historiarlas.

Paralelamente se interesó por la historia de los monumentos de la ciudad colonial, muchos de los cuales le tocó ver cómo eran restituidos a su antiguo porte castellano. Sus conocimientos encontraron aquí una nueva utilidad, aportando numerosas clarificaciones en múltiples aspectos. Con pruebas documentales en mano esclareció definitivamente el "*Título de la catedral dominicopolitana*", hasta entonces impropriamente llamada por muchos Santa María la Menor. Sus investigaciones se ampliaron hacia esa vertiente diversa que le abrían las calles, plazas, casas y monumentos coloniales, lo que plasmó en numerosos artículos, donde dio a conocer la personalidad de muchos habitantes de esta ciudad que eran propietarios de casas o funcionarios de la corona.

Sus conocimientos de heráldica le permitieron reponer los rasgos originales en el escudo de esta ciudad de Santo Domingo; dando un nuevo impulso al estudio de los blasones en nuestro país. Viajó a España con el propósito de seguir escudriñando en los viejos legajos del Archivo de Indias, y



regresó siempre con las arcas llenas de nuevas y precisas informaciones. Desde las páginas del Suplemento Sabatino del periódico *El Caribe* polemizó, siempre con altura, para defender la primacía de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, la tesis dominicana sobre los restos del Primer Almirante, sobre las verdaderas propiedades de Francisco de Garay en las proximidades de la plaza del Contador y en la calle de la Herrería o en torno a una supuesta capilla imperial en nuestra Catedral Primada.

La polémica sobre Francisco de Garay le llevó a escribir una biografía de este personaje, que sigue siendo un desconocido, la cual permanece todavía inédita. Además, para entonces también concibió el proyecto de estudiar la plaza del Contador y los personajes vinculados a sus alrededores, proyecto del cual vieron la luz dos pequeños libros publicados por la Fundación García Arévalo: el primero, *Datos para historia de los orígenes de la ciudad de Santo Domingo* y el segundo, *Las casas morada del secretario Diego Caballero*.

Para estas fechas ya tenía en su mente un gran proyecto. El *Cedulario de la Isla de Santo Domingo*, constituye la columna vertebral, pues representa el equivalente de una *Colección de Leyes, Decretos, etc.* de la época colonial. Pero a esa colección fundamental, le acompañarían otras series de documentos no menos importantes: cartas de la Audiencia, de gobernadores, de arzobispos, de los cabildos seculares de la isla, especialmente del de Santo Domingo, del cabildo eclesiástico, de oficiales reales, cartas privadas, pleitos judiciales, juicios de residencia y de visita. Me consta el gran empeño que puso para que estos juicios de residencia estén completos en el país y que se transcriban para uso de los historiadores y demás interesados. Todavía falta hacer las transcripciones, pero gran parte de los del siglo XVI ya están



entre los documentos que pudo traer del Archivo General de Indias.

Este proyecto no era una idea completamente nueva. Y en esto fray Vicente Rubio se sabía continuador de una tradición que se remonta a don Emiliano Tejera y Américo Lugo. No obstante, sí me parece importante su insistencia en reanudar la formación de colecciones documentales, contar con los documentos completos y enseñar la paleografía a las personas interesadas en historia colonial. Esta labor la ha venido haciendo desde el Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español y me siento muy honrado de estar contribuyendo en esa tarea.

Tengo la certeza de que ese proyecto de una historia documental del período colonial de Santo Domingo representa la culminación de los esfuerzos indagatorios de fray Vicente Rubio en los archivos españoles, especialmente en el Archivo General de Indias. Para él, como me expresó en varias ocasiones, sin conocer esta base primera de nuestra historia colonial continuará siendo difícil el conocimiento del período republicano que le sucedió, o por lo menos, continuará siendo defectuoso y se resentirá en algún momento por este sostén que le falta. Sólo en términos de duración, todavía hoy, a 160 años de Independencia, la historia colonial más que duplica la historia republicana.

Para llevar a cabo tal proyecto aprovechó la circunstancia que le brindó la conmemoración del quinto centenario del descubrimiento, coyuntura en la cual se organizaron en la República Dominicana y en España comisiones específicas. En nuestro país fue la Comisión Dominicana Permanente para la Celebración del Quinto Centenario del Descubrimiento y Evangelización de América, encabezada por S. E. el Cardenal Monseñor Nicolás de Jesús López Rodríguez, la que asumió el proyecto de investigación en archivos españoles que



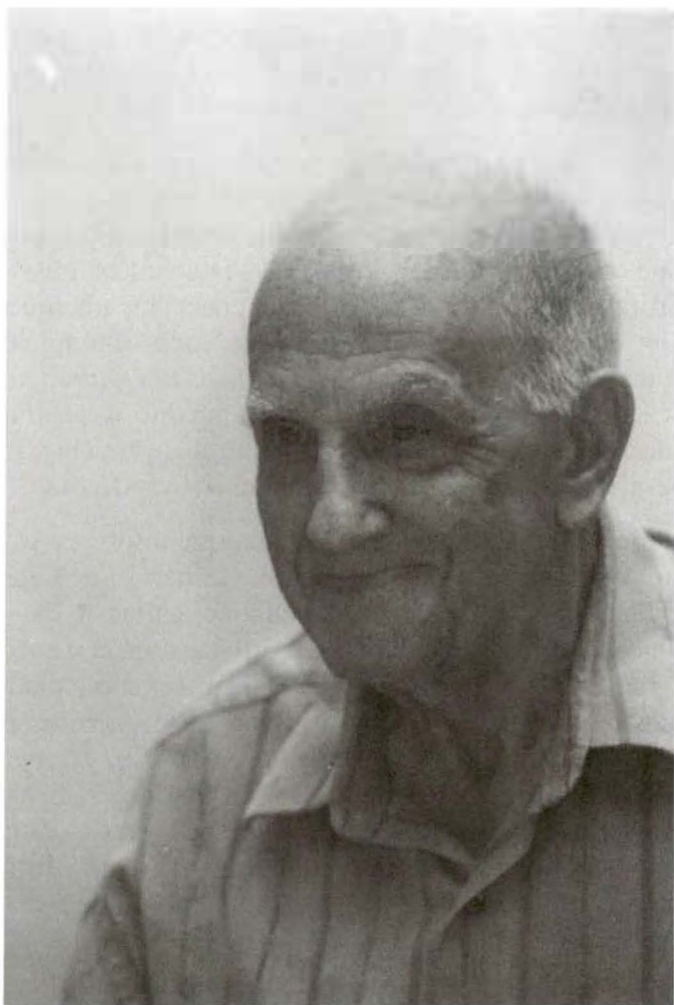
presentara fray Vicente Rubio y para el cual requirió dos investigadores auxiliares. Fue también decisivo el apoyo del director del Centro Cultural Español, don Pedro Vergés, más tarde designado embajador dominicano en España,

Fray Vicente consiguió apoyo financiero para su equipo de investigaciones y comenzó el trabajo que se propuso en enero de 1988. Poco después confrontó serias complicaciones de salud que le llevaron, en los años subsiguientes, tres veces al quirófano, aparte de las convalecencias y los tratamientos que le acompañaron. Pero pese a todo, completó la investigación para su libro *Cartas a fray Bartolomé de las Casas*, con una gran parte de material inédito, y terminó el borrador del estudio preliminar donde rebate muchos mitos que pesaban sobre el famoso "Procurador de los Indios".

Pudo también dirigir nuestros trabajos conforme a su plan de investigación en el Archivo General de Indias, manteniéndonos comunicados mediante cartas y por vía telefónica. Luego, volvió para pasar otro período con nosotros hasta regresar a fines de 1991. Habíamos completado la recopilación de más de cien mil páginas de documentos, parte de los cuales han sido transcritos después de nuestro regreso. Esta documentación está depositada en el Departamento de Investigaciones Históricas del Centro de Altos Estudios Humanísticos y del Idioma Español que fray Vicente dirigió y en el cual todavía labora.

Por todo lo anterior y por mucho más que no alcanzo a decir en estas breves páginas, fray Vicente Rubio es merecedor del reconocimiento de la Academia Dominicana de la Historia y de cada uno y una de nosotros por esta gran labor histórica; aunque ya hace tiempo que su sencilla humanidad y humilde trato le han granjeado el mayor reconocimiento del pueblo dominicano, con el respeto y el cariño que le profesa como a uno de sus hijos más dignos.





Fray Vicente Rubio Sánchez, O. P., noviembre 2003

